

LI.

El hombre misterioso.

Los dos amigos se separaron. El hombre que los seguía permaneció un momento parado en la esquina de la calle y echóse luego á seguir á Mauricio que se dirigió á la Plaza mayor, y tomó asiento debajo de un copudo fresno en una de las bancas de mampostería que hay al derredor del atrio de Catedral.

Mauricio habia elegido una de las del lado del Empedradillo, y con la vista fija en el grandioso edificio cuyo costado occidental tenia al frente, dió rienda suelta á sus pensamientos sin acordarse mas del hombre que habia seguido sus pasos y los de su amigo, y que fué á colocarse á cierta distancia, junto á una de las columnas que sostienen las cadenas que han dado nombre á ese sitio de la ciudad.

Aquel hombre tenia un aspecto misterioso; estaba envuelto en una ancha capa de color oscuro, que se veía negra á la luz de las estrellas y de la trementina que ardía en los faroles de las Cadenas; las alas inclinadas de un sombrero negro de terciopelo que cubria su cabeza, y el embozo de la capa que subia mas allá de los labios, no dejaban ver de su rostro mas que unos ojos chispeantes, parte de una nariz blanca y afilada, y algunos rizos de su negra barba que se confundian en la oscuridad de la noche con el terciopelo, negro tambien, de las vueltas de su capa.

Desde el lugar donde se hallaba no perdía un momento de vista á Mauricio.

Este, con la cabeza descubierta, á pesar de la frescura de la noche, los ojos clavados en las pardas paredes de la Catedral, y sin cuidarse del hombre que le observaba, comenzó á reflexionar en su situacion.

Veía un abismo á sus piés; comprendía que se habia echado una nueva cadena al cuello cediendo á las instigaciones de Manuel y al encanto que producía en él todo lo misterioso y lo desconocido; no podía figurarse, por mas que lo procuraba, que hombres que se detenían en tan frívolas ceremonias, que él consideraba sin objeto, pudieran hacer algo bueno, y mucho ménos llenar en su corazón el hueco que habia producido en él la irascibilidad siempre creciente de su esposa; su carácter independiente se rebelaba, por otra parte, ante la idea de que el paso que habia dado aquella noche entrando al seno de la Sociedad masónica, iba á convertirle en instrumento ciego de unos cuantos ambiciosos que predicando principios fraternales y humanitarios, atraían á los incautos con el fin de que les sirviesen de escalones para su propio engrandecimiento.

Manuel le ofrecía montes y maravillas para lo sucesivo;

pero lo que habia visto aquella noche estaba tan distante de lo que habia soñado, que ya no creía en ninguna de las promesas de su amigo.

Así permaneció largo tiempo, abismado en sus reflexiones, y el sonido de la campana del reloj de Catedral que daba las doce le hizo enderezarse como movido por un resorte.

—¡Tan tarde!—murmuró—si María no se ha dormido estará insufrible.

Y comenzó á andar en dirección á su casa.

El hombre que le seguía, y que durante todo el tiempo que estuvo en las Cadenas habia permanecido quieto y silencioso como si fuera inanimada estatua, se desprendió de la columna en que se hallaba apoyado y siguió los pasos de nuestro héroe.

Pronto conoció Mauricio que le seguían; y á fé que no se necesitaba mucha malicia ni penetración para comprenderlo, porque el hombre de la capa no se tomaba la molestia de disimular sus intenciones.

—¡Calle!—se dijo el pintor, volviendo la cara—es el mismo que nos seguía hace un momento á Manuel y á mí. ¿Qué intentará? Si algo quiere decirme ó hacerme, tiempo de sobra ha tenido para ello; si solamente desea importunarme ó causarme miedo, valiente chasco se ha pegado el infeliz exponiéndose á coger un constipado ó una pulmonía en el atrio de Catedral.

Mauricio, á quien hemos visto tímido en sus amores con Luisa, y sufrido y prudente hasta el extremo en sus desavenencias con María, no carecía de valor personal; muy al contrario, como la mayor parte de los hombres que ven el paso por el mundo como una penosa jornada en el camino de la eternidad, y que sin atentar á su propia vida no les pesaría que por cualquier motivo se abreviase, no temblaba jamás

ante el peligro por terrible que fuese; por otra parte, nada peor podía sucederle que lo que le pasaba con su esposa, y los tormentos infernales que sufría con ella le hacían considerar todo lo que pudiera pasarle en el mundo, aunque fuera lo peor imaginable, con tal que variase en algo su existencia diaria, como un alivio á sus tribulaciones, como una tregua á sus desavenencias domésticas.

Así es que apenas habia andado poco mas de una cuadra, cuando se detuvo para dejar pasar al hombre que le seguía; este se detuvo también; entónces Mauricio volvió sobre sus pasos y se dirigió hácia el italiano, que le esperó impasible.

—¿Me quiere usted decir—le dijo Mauricio—si para algo me necesita?

—Tal vez sí.

—Puede usted entónces hablar, aguardo sus órdenes.

—¿Quiere usted decirme su nombre?

—Mauricio.

—No es el que yo busco—dijo el hombre dando un suspiro.

—Si no soy la persona á quien usted busca, tenga, pues, la bondad de no seguirme, que no me agrada ser objeto del espionaje de nadie. Sobre todo, cuando se desea encontrar á alguna persona y sospecha uno haber dado con ella, se le habla desde luego y no se la persigue durante toda una noche sin decirle una palabra.

—Temía engañarme.

—Y con razon; ya lo ve usted, se equivocó de medio á medio.

—Hace un momento me parecia usted muy preocupado.

—¿Y eso á usted qué le interesa?

—¡Cómo! sabiendo de donde acaba usted de salir y teniendo una misma patria, me pregunta usted ¿qué me interesa?

—¿Quién le ha dicho á usted que soy italiano? Cuantos me hablan y tratan me creen español.

—Sin embargo, yo lo sé y lo sé bien; ese hombre que me ha dicho: sígueme, ve lo que hace, oye lo que dice, me ha dicho tambien: es un paisano tuyo, es un italiano; pero se desconfía de él; le hemos observado en la sala de reflexiones y parecia burlarse de nuestros misterios; si nos traiciona dí una palabra sola y recibirás la orden de herirle.

Mauricio miró á su interlocutor con extrañeza; le pareció estar hablando con un loco.

—Y yo obedecí—continuó el italiano—y no he perdido una sola sílaba de cuanto tú y tu amigo hablaron.

—¡Pues me gusta! me tutea—se dijo Mauricio.

—Eras hombre perdido—siguió diciendo aquel sér extraño—porque una revelacion mia equivale á una sentencia de muerte; pero la muerta ha hablado; su voz llegó á mi corazon y creí escuchar que te llamaba su hijo; mataste al padre, decia, no se cumple aun el destino para el desventurado que tiene que espiar las faltas de quien le engendró. Así dijo, y yo permanecí mudo y extático, y temí acercarme á tí; pero veo que un mal espíritu tomó el acento de la muerta para engañarme y burlarse de mis remordimientos.

Mauricio estaba asombrado; los ojos de aquel hombre brillaban de una manera siniestra; era indudable que se hallaba presa de una exaltacion nerviosa extraordinaria. Si Manuel no le hubiera advertido á su amigo que el que los seguía era un esbirro de los masones, Mauricio se habria afirmado, al oír sus palabras, en la creencia de que se las habia con un prófugo de San Hipólito.

—Concluamos de una vez—dijo—¿qué desea usted de mí?

Al oír estas palabras, el hombre pareció volver en sí, se quitó el sombrero y se pasó la mano por la frente bañada de su-

dor. Despues, mirando fijamente á Mauricio, como si quisiera encontrar en sus facciones algo que le recordara las de otra persona á quien hubiese dejado de ver por mucho tiempo, contestó:

—¿Lo que deseo de usted?

—Sí.

—Darle un buen consejo.

—Veamos.

—Olvide usted cuanto acaba de oír de mis labios; á nadie hable una palabra de ello; y ya que ha entrado á formar parte de esa asociacion misteriosa y terrible, á la que yo tambien pertenezco, guárdese de hablar ligeramente de ella si no está reñido con su tranquilidad y con su vida.

—¿Trata usted de intimidarme?

—¿Qué hombres!—replicó con acento extraño aquel ser original—en todo ven lazos y asechanzas, y cuando se les advierte el peligro real, cruzan los brazos y preguntan con aire desengañado si se les quiere meter miedo; ¿cuándo acabarán de desechar la baba de la serpiente?

—¡La baba de la serpiente!—preguntó admirado Mauricio.

—Sí, la que nos trasmitió por conducto de la madre Eva.

El pintor soltó una carcajada y se apresuró á despedirse de aquel loco, temiendo, si permanecia mas tiempo en su compañía, perder el juicio que no sentia ya muy firme con todo lo que le pasaba.

—Adios, señor—le dijo.

—Ya nos veremos otra vez—contestó el italiano—entretanto, prudencia y fervor para subir un poco, porque en la masonería, como en todo, los de arriba se rien de los de abajo.

Y se separaron, Mauricio con la cabeza hecha un mundo de pensamientos entre los que dominaban el del recibimiento que le haria su esposa al llegar á su casa, y el del hombre extraño

é incomprensible de quien Manuel le habia dicho que era un espía de los masones, y que él consideraba mas bien como un pobre hombre que tenia la cabeza dada á componer y que no podia ser terrible mas que en un exceso de furor. El italiano se alejó murmurando:

—Todavía no es él. ¿Cuándo podré cumplir mi juramento?

LII.

Mauricio, compañero.

Mauricio estaba muy léjos de hallarse satisfecho con haberse afiliado en la Sociedad masónica; concurría puntualmente á todas las *tenidas*, y cada vez salía mas desanimado de ellas, porque no advertía que se tratara de cosas útiles ó convenientes; recordaba la malhadada Conferencia á la que habia sido llevado una noche, y aunque herege en toda la acepción que dan á esta palabra las gentes de iglesia, no podia ménos de confesar que de aquella reunion habia resultado algo bueno para la humanidad doliente, el acuerdo de auxilios pecuniarios, de consuelos morales, y por lo mismo el alivio de algunas tribulaciones y miserias; miéntras que en las *tenidas* á que concurría no oía mas que un juego de palabras, que á fuerza de oirlas repetir con tanta frecuencia le lastimaban los oídos, y despues de cada *tenida* se quedaba oyéndolas como si una voz